

con su sexualidad y separarse de una lengua inventada que la nombra "lesbiana" por ser un ser que manifiesta su sexualidad.

University of Pittsburgh
Carnegie Mellon University

AMANDA CASTRO-MITCHELL

ANA MARIA DEL RIO: *Oxido de Carmen*. Santiago de Chile, Ed. Andrés Bello, 1988 (2da. Ed.)

Oxido de Carmen se publica por primera vez en 1986, corroborando la necesaria presencia de Ana María del Río en la significativa voz de las escritoras chilenas de la última década. Pero ya desde antes la autora había venido ganando espacios y afirmando su calidad de narradora en ese Chile imposible, que obligaba a disfrazar las palabras para no abdicar al derecho a decir las.

Es así que, desafiando mordazas, la escritura de Del Río puede más, y gana el reconocimiento de lectores y crítica. En su primer libro publicado, la colección de cuentos *Entreparéntesis* (1979), conviven muchos de sus cuentos, premiados conjunta o separadamente en diferentes certámenes y honrados con menciones especiales. Así, recibe el Segundo Premio "Los Mejores Cuentos de mi País" (Chile, 1982); Primer Premio "Juegos Literarios Gabriela Mistral" (Chile, 1983); Mención de Honor en el Concurso de Escritores de Habla Hispana, de Editorial Atlántida (Argentina, 1983); Mención Honrosa en el Concurso "Julio Cortázar" (Argentina, 1984), todo lo cual da cuenta del protagonismo singular que en breve tiempo logra esta escritora en la narrativa chilena de los '80.

Oxido de Carmen reafirma los méritos de la producción anterior, al ser galardonada con el Primer Premio "María Luisa Bombal" a la Mejor Novela Corta, otorgado por la Municipalidad de Viña del Mar (Chile, 1986). En 1990 la Universidad de Miami y el Instituto de Cooperación Interamericana le adjudican el Premio "Letras de Oro" por su novela *Tiempo que ladra*, aún en prensa pero publicado ya en Miami, por convenio con la Editorial.

Imparable en su voluntad de decir ("escribo para no morirme", declara) Ana María del Río acaba de recibir por su novela *De golpe, Amalia en el umbral*, el Primer Premio de Novela "Andrés Bello" 1990, en Chile, "gritado" durante sus nostálgicos avatares en los Estados Unidos. Y como de porfiada no piensa morirse, se embarcó sin demora en otro proyecto: *Rezongo de fin de siglo*, especie de novela-monólogo que, según la autora, será muy distinta de las anteriores.

Oxido de Carmen inicia el registro novelístico de Ana María del Río. Una prosa imaginativa y aguda la constituye en sagaz metáfora de una sociedad antropófaga, cuyas reglas del juego se establecen sobre la base de la alienación, la violencia, la manipulación, la represión ante todo atisbo de pensamiento independiente. En este marco, la familia, "glorioso pilar de la sociedad", está representada como microcosmos caricaturizado, instancia en la cual los valores

burgueses se articulan garantizando la presencia referencial del macrocosmos social. Es así que cada segmento narrativo está apuntalado por una ironía sin tregua, que denuncia la obsecuencia, la hipocresía, la mojigatería, y que a partir del espacio enajenado de la casa familiar, permite que personajes y aconteceres adquieran carácter reconocible en la sociedad chilena y latinoamericana. Y en ese ámbito rígido de la casa, la oposición se encarna en Carmen y el narrador, su primo, (que la secunda locamente enamorado de ella), adolescentes que “adolecen” del pecado mortal de intentar desafiar los esquemas que la agresión cotidiana ejerce con saña para conducirlos jíbaramente por la “buena senda”.

La voz del narrador está propuesta de tal manera que se va caracterizando y delineando ya avanzado el texto, y su protagonismo se va definiendo en la estructura narrativa en función de su relación con Carmen. Atormentados por la Tía Malva (equívoco y modernista nombre de flor), las más elementales acciones de estos dos seres que se atreven a querer vivir, implican de hecho la tendencia a hacer tambalear las bases de la ética familiar. Carmen lleva las banderas de la transgresión, y hasta su delicioso despertar erótico representa, en ese mundo oscurantista y a los ojos pacatos de Tía Malva, el intento imperdonable de desmontar el andamiaje asfixiante de su poder y de su autoridad.

Carmen, “con sus salvajes ojos negros trepándose por las fisuras de cualquier cosa prohibida” (11), es violada en su libre ejercicio de ser, en su vital apertura a los contra-tabúes, por un sistema que mutila y fragmenta. En ese universo en el que no hay espacio para los cuestionadores de la moral y las buenas costumbres, seres marginales como el Tío Ascanio, confinado en los altos de la casa por antisocial, ofrecen algún consuelo, aunque más no sea aliviando las tensiones del texto mediante la grotesca y desenfadada descripción de sus olores.

Con un estilo cáustico e ingeniosamente hiperbólico, pleno de sutilezas disolventes, no hay zonas neutrales de lectura en la novela. El derrumbe de la persona, el angustioso descenso al infierno final, que hará Carmen para “expiar sus culpas” a costa de su dehumanización, (“ya casi no peco”, dirá en el anteúltimo capítulo), instaura la idea del castigo a modo de ejemplo pedagógico. Extirpado el cáncer, triunfan las categorías morales del Bien: “Ya nadie tiene las llaves de las puertas” (63), los terroristas fueron condenados y todo vuelve a ser como corresponde, aunque “... a veces a los días les cuesta avanzar y se hunden ... (62).

El texto es elocuente; ágiles mecanismos operan en un planteamiento narrativo que con hondura y fuerza expresivas ofrecen la posibilidad de una lectura político-social, que se legitima junto a la función estética de una novela que en sus escasas 63 páginas dice tanto y tan bien. Es una voz posible, un discurso audaz y provocativo, a pesar de las tías Malvas que ácidamente pueblan el mundo y oxidan las vidas.